Capítulo XI

LA GRACIA SOBRENATURAL Y LA VISION BEATIFICA

50.—El entendimiento natural no tiene de suyo capacidad para ver directamente a Dios en su esencia y la felicidad y la gloria esencial y sobrenatural es la visión de Dios en sí mismo y en su esencia. Con la visión directa de la esencia de Dios empieza ya la vida gloriosa y para siempre.

Dios da una fuerza especial al entendimiento criado para que pueda verle, conocerle y poseerle. A este poder o fuerza que Dios pone en el entendimiento llama la teología cristiana *luz de gloria*, que da la visión beatífica (1).

La *visión beatífica* es un continuo, gozoso, feliz y glorioso conocimiento de Dios directamente

(1) Un Carmelita Descalzo: *Yo en Dios o El cielo*, capítulos XXII, XXIII y XVI.

en su misma esencia, y con la visión de la esencia de Dios se ven y conocen sus infinitos atributos y perfecciones. Con la visión y el conocimiento directo de Dios en Sí mismo se entra en la posesión real de Dios en dicha perfecta, en gloria, en felicidad imperecedera.

El alma, conociendo a Dios, está feliz en la posesión de Dios ya gloriosamente para siempre. No tiene allí entrada ningún dolor, ninguna tristeza, ninguna desazón ni envidia. Todo en Dios es gozo y exaltación de gozo y de alegría. Todo es gloriosa armonía y compenetración de amar y de conocer. Todo es cumplimiento gozoso y feliz de todos los deseos y de todas las ilusiones.

La gracia es una naturaleza sobrenatural puesta por el mismo Dios en el alma y como injertada en la esencia misma del alma. El amor divino la injerta.

51.—Con la gracia el alma recibe participación de Dios y posee a Dios realmente en la tierra en amor, pues es Dios quien amorosamente se da al alma. Pero no se le posee gloriosamente, sino como en raíz de gloria futura. Con la gracia el alma está en Dios y le ama. Dios está en el alma amándola y dándola su amor. Es un amor mutuo. Los ojos del alma no pueden ahora ver este amor, y este amor es ordinariamente no efusivo y tierno, sino árido y oscuro como es oscura la fe.

Este ser nuevo y hermosísimo del amor de Dios, esta nueva y sobrenatural criatura de la gracia divina que Dios ha puesto en el alma comunicándola naturaleza divina, hace al alma hija verdadera de Dios, aunque adoptiva; pone en el alma nueva vida de hija de Dios; siembra en el alma la esperanza confiada de heredar el cielo; por ella nacen en la inteligencia pensamientos sobrenaturales de Dios; ella inflama la voluntad en amor sobrenatural a Dios, amor que antes no tenía, y a su impulso brotan y florecen las virtudes.

La savia divina de este ser nuevo y nobilísimo, de esta nueva y sobrenatural criatura, transforma el alma en el huerto cerrado y le enriquece y embellece con las flores y frutos de obras sobrenaturales por las virtudes.

La gracia deifica y endiosa al alma a semejanza de como ha de estar en el cielo poseyendo a Dios. Aquí en la tierra este endiosamiento tiene todavía ocultos y como en raíz y no seguros los efluvios de gloria, de sabiduría y de dicha. No siente aún ni lo glorioso ni lo sobrenatural y puede perderlo.

La gracia es la semilla, es la raíz, es el tronco, es el rico tesoro de la vida gloriosa, que ha de tener en el cielo y encierra sustancialmente la vida que ha de vivir y llenarla de felicidad, la cual consiste en la posesión de Dios y en vivir su vida. En la tierra el alma vive la gracia y la desarrolla con el amor, el sacrificio y la práctica de las virtudes.

En el cielo la vivirá en amor glorioso de delicia y la recibe en el mismo Dios y del mismo Dios.

52.—Tanta será la gloria que ha de gozar en el cielo cuanta sea la gracia que el alma tenga y adquiera en la tierra. La vida de gracia en la tierra y la vida de gloria en el cielo son vida de realidad de amor de Dios infinito; Dios llena el alma en el cielo ya con todos los efectos gloriosos, que aquí tenía atesorados, pero encubiertos.

Lo que llamamos vida interior o vida espiritual del alma es el cultivo de la vida de gracia, en cuanto está de nuestra parte, para que se desarrolle y crezca; es el fomento de la vida de amor por la oración, el vencimiento propio y la virtud. Porque la vida interior es la vida de gracia y de amor, es también la medida de la felicidad de la vida futura en el cielo. Aquí está Dios en el alma como Padre amoroso y agradado; en el cielo estará glorioso como Padre y como Amado premiador y galardonador. Si en la tierra el cuidado y el cultivo de la gracia está en fomentar las flores y frutos de las virtudes en la compañía y presencia de Dios, en el cielo es coger ya las hermosísimas flores y disfrutar los sabrosísimos frutos de esta gracia gozando del amor de Dios. El sol que aquí luce y calienta es el mismo que allí: Dios-Amor infinito.

Alma mía, que has sido levantada al orden sobrenatural, que tienes ya vida sobrenatural y par-

ticipas, aunque aún insensiblemente, de la vida de Dios y posees en amor a Dios; dichosa de ti si perseveras. Pídele a Dios esa perseverancia hasta que le veas ya gloriosamente y con seguridad de no perderle en el cielo. Mira con ojos de fe dentro de ti, en tu misma esencia, a Dios tu Criador y tu Padre; tu Amor y tu Amado. Dios está llenándote de su amor, Dios quiere perfeccionar la transformación que en ti ha hecho hasta realizar la unión de amor contigo, si tú eres fiel. Ama, adora, trata y agradece a tu Padre-Dios y ofrécete a El. Con Dios están y en Dios están las jerarquías angélicas. En Dios están los bienaventurados del cielo. Ama a Dios con ellos. Gózate en estar ahora con ellos en Dios, como lo estarás luego en la dicha y felicidad del cielo.

53.—¡Qué íntimo e inenarrable gozo es el gozo de la soledad, donde tan a tu placer puedes gozar de esta compañía incomparable y gloriosa, que ha de ser la misma compañía del cielo; en el cielo, en trato ya glorioso para siempre! Alma mía, los ángeles y los bienaventurados te aman y contigo aman y alaban a Dios, que está en ti amándote. Alma mía, gózate en esta delicia y en este amor. Amalos como ellos te aman en el amor de Dios.

Alma mía, fomenta en ti cuanto puedas ese maravilloso y espléndido mundo interior sobrenatural de la vida espiritual, tan inmenso y hermoso

como callado. Cuida de ese jardín de delicia y de ese paraíso de amores divinos, pues Dios te le confía y pone en tu mano. Complácete y gózate con ininterrumpida y suave alegría en estar y tratar dentro de ti con estos dichosos moradores del cielo que aman a Dios con más amor que tú, y gózate, sobre todo, con el mismo Creador del cielo, que es tu Padre y tu Amado y está en ti, y glorifícale en unión con todos.

Jamás será posible encontrar en la tierra compañía de tanta confianza, de tanta nobleza y semejante complacencia.

Céntrate, alma mía, en tu Dios, luz y alegría perpetua. Empápate en tanta hermosura y Dios te transformará y te convertirá en cielo de paz y de bienandanza. En ti misma amas y eres amada de los ángeles del cielo. En ti misma te está amando Dios y tú le amas a El. La Trinidad Santísima pone en ti las riquezas y delicias sobrenaturales propias de las tres divinas Personas y te hará sentir el regalo de amor y te adornará con las preseas propias de cada una de las tres Personas individualmente y de las tres juntas, con las cuales estarás como en éxtasis de gozo. ¡Hazte, Dios mío, sentir en amor en mi alma!

El alma que vive en la gracia, aun cuando ni sienta ni vea esa gracia divina, está levantada a una vida sobrenatural superior sin comparación a es-

ta vida externa que ven los ojos o a la intelectual que aprecia el entendimiento.

El alma que vive la gracia está puesta en Dios en amor y Dios en el alma. Vive ella su amor divino, su paz, su claridad, radiante con el vestido de cielo, y en deliciosa compañía, muy superior y más excelente que la más escogida y preclara de los hombres más encantadores. Puede decir con verdad que ya vive a Dios y en Dios tiene la esperanza del futuro gozo y gloria sobrenatural. ¿Qué sería si viéramos ya tan alto ideal en la tierra? ¿Cuándo se nos dará el cielo?

«*Y acaéceme algunas veces* —dice Santa Teresa— *ser* [los bienaventurados del cielo] *los que me acompañan y con los que me consuelo... y parecerme aquéllos verdaderamente los vivos, y los que acá viven, tan muertos, que todo el mundo me parece que no me hace compañía...*

»*Todo me parece sueño lo que veo, y que es burla, con los ojos del cuerpo; lo que he visto con los ojos del alma es lo que ella desea*» (2).

54.—Iluminada la inteligencia del alma con la luz de la gloria, entra en el mundo glorioso sobrenatural, porque ve a Dios, conoce a Dios y sus infinitas perfecciones; conoce ya los mundos creados por Dios y entra en el disfrute de ellos; conoce las

(2) *Autobiografía*, 38, 6.

propiedades y perfecciones de los seres en su misma esencia y los tiene a su servicio. Conoce a los ángeles gloriosos y a los bienaventurados en su dicha y en su feliz premio y por qué Dios les ha dado a cada uno la altísima recompensa que gozan y tiene el trato íntimo y cordial con ellos, de inteligencia a inteligencia, donde no cabe el engaño. Entró en el reinado de la verdad triunfante y gloriosa y la posee ya sin secretos y sin ignorancias (3).

La visión beatífica es ver a Dios directamente en su esencia y ver en Dios todas las cosas y gozarlas de modo glorioso. La alteza o intensidad de la visión beatífica es el grado de gloria de cada alma y es según la gracia que adquirió en la tierra. La flor y el fruto de la gracia que estaban ocultos en el alma mientras vivía aquí en la tierra, se han abierto y manifestado y transformado gloriosamente en la visión beatífica, llenándola de luz, de fragancia y felicidad divina en el cielo y en la gloria que para siempre ya en Dios disfrutará.

Viviendo el alma la gracia, prepara la intensidad de gloria futura en el cielo.

55.—Alma dichosa, que vives en la gracia de Dios, mil veces dichosa de ti. Un ser nuevo, como

(3) Un Carmelita Descalzo: *Yo en Dios o El cielo*, capítulos XXVII-XXX.

un mundo nuevo de claridad y de toda belleza y de todo bien, del cual no puedes ni formar idea, ha puesto Dios en ti. En este mundo, superior a todo sueño, entras en una compañía nueva inmensamente más excelente y privilegiada que la de todos los hombres más ideales que tú puedas fantasear, y sobre todos los hombres y ángeles entras en la compañía del mismo Dios infinito, sumo bien y creador de todo bien. Siempre está contigo y jamás te abandona ni aun se separa de ti, y entras para vivir su misma vida y su dicha. Déjate, pues, envolver en la atmósfera de luz sobrenatural y aspira gozosa tan delicada fragancia y recréate en tanto bien y tanta belleza. Fomenta en ti esa vida nueva interior tan ansiada y de regalado deliquio. Por alto e ilusionador que sean tu pensar y tu soñar, nunca llegarán a la grandeza y encanto de tan divina realidad.

Aumenta ese trato íntimo, interior, callado, agradabilísimo con Dios y con los ángeles y bienaventurados, superior a toda ilusión y a toda idealidad. Mira a Dios en ti y que nunca estás mejor acompañada, ni debes estar más gozosa que cuando estás sola, atenta a Dios infinito, recibiendo a Dios, todo hermosura y bondad, que te envuelve y empapa en sabiduría y en su misma luz.

Entrate, alma, dentro de ti misma con Dios y vive esa maravilla y delicia interior. Vive en esa belleza nueva, en esa claridad siempre más hermo-

sa, superior a cuanto tú puedes comprender y a todo cuanto puedes imaginar. Sumérgete y báñate en la fuente de todo deleite y de toda bondad y vive en ese paraíso de amor con el mismo Dios, manantial de toda dicha, y trata y admira a los ángeles de Dios y a los bienaventurados, que ya viven y son dichosos en Dios. Es el mundo de las armonías sin disonancias, es el mundo de la sabiduría y de la abundancia, de la dulce y apacible concordia; es el mundo de la felicidad y contento.

Dios amorosísimo, tu Padre celestial, te ha levantado e introducido en su compañía; te ha comunicado su misma vida y su amor; te ha vestido el vestido radiante y riquísimo del cielo; te ha mostrado el maravilloso tesoro que en ti misma tenías como enterrado.

Alma, dentro de ti llevas a Dios, infinito en todo bien, y Dios te guía y te lleva. Déjate llevar de Dios y permanece dichosamente sumergida en el mar insondable de bondad y claridad, de fragancia y de armonía, de contento y jubiloso deliquio. Dios te guía y te lleva para deificarte, para hacerte dios comunicándote sus perfecciones, su vida y felicidad gloriosa.

Alma, vive en Dios la vida de Dios y vive con Dios en íntimo y callado amor; será amor afectuoso o árido, amor purificador o regalado, de expiación o de alabanza, pero siempre será amor de Dios.

Ni dejes de tener presente en tu memoria que si la gracia es vida sobrenatural y por la gracia está Dios en ti con amor especial, Dios quiere prepararte para que puedas recibir aún gracia más íntima y para unirte con El en amor, y te preparará por pruebas y dolores exteriores, y sobre todo por pruebas y desolaciones fuertes interiores, donde te encontrarás muy desalentada y conturbada. No sentirás el amor gozoso ni la gracia inundante de alegría, sino de apretamiento de dentro casi irresistible; es gracia especial de Dios y amor suyo intenso que te vacía de ti misma, como tú ni sabías ni tenías valor para hacerlo, y te prepara para comunicarte mayor gracia. En esa desolación y presión interior está Dios más amorosamente. Es su mano la que sabe oprimir. Te pone muy a solas de todo y de todos y aun de ti misma y se esconde muy escondido, como si no te viese ni se cuidase de ti. Está escondido en ti y obrando su obra maravillosa. Está viendo tu fidelidad y constancia y haciendo la transformación, y la transformación no se hace sin sufrimiento y dolor.

Para la gracia de la unión de amor con El, Dios hace pasar al alma por la oscura noche. Es su mano la que te aprieta y te guía. Déjate guiar y amanecerá más hermoso y radiante el día de mañana, ya en dicha. Dios te está deificando para unirte con El en gloria.

CAPÍTULO XII

LA GRACIA ES LA RAIZ Y LA MEDIDA DE LA VISION BEATIFICA

56.—La gracia es una nueva vida sobrenatural puesta por Dios en el alma.

La gracia ayuda a rectificar lo defectuoso e imperfecto y a iluminar las oscuridades del alma.

La gracia es una nueva savia de vida sobrenatural inyectada por Dios en la misma esencia del alma para hacer brotar y crecer las obras de las virtudes, que son las flores y frutos del amor de Dios.

La gracia es un injerto divino, que sólo Dios sabe hacer, para obtener frutos superiores y sobrenaturales. Es una nueva luz que todo lo ilumina con claridad de cielo. Con esta nueva vida y fuerza interior se vencen los apetitos y pasiones y se levantan hacia el cielo las inclinaciones que antes se dirigían al mal. Con la hermosa y clara luz que la

gracia comunica, ve el alma perfectamente los caminos de las virtudes y de la santidad y recibe el esfuerzo para adelantar con seguridad y valentía por la avenida del cielo. Con este nuevo y sobrenatural injerto se obtienen frutos de felicidad eterna.

Dios me llama a mí para vivir en este jardín de encantada belleza y me ofrece esta fuerza, esta luz más clara, esta vida sobrenatural para levantar mi alma a participar de la misma vida sobrenatural de Dios; para iluminar y embellecer mi alma con su divino amor y enriquecerme con las virtudes y los dones del Espíritu Santo.

Dios pone este injerto de su misma vida y de su misma naturaleza en mi alma, en la esencia misma de mi alma, para endiosármela comunicándome su misma vida, su bondad y su amor y sus perfecciones en proporción de la gracia.

Dios, dando participación de su misma naturaleza o comunicando su misma naturaleza a mi alma, la deifica según frase de San Agustín y de Santo Tomás, y es la expresión de la teología: *La gracia endiosa al alma.*

La luz de la gracia y del amor de Dios hace desaparecer la oscuridad y hasta la penumbra del amor propio y limpia el alma de las nubes de cualquier desordenada pasión, quedando apta y fortalecida para librarse de los vicios y apetitos y poder ser transformada en luz bellísima de cielo. Dios

cambia o transforma con su gracia lo deforme del amor propio en belleza y encanto de amor sobrenatural o divino, de amor de ángeles, de amor de luz espiritual, que es amor de Dios y vida de Dios.

La gracia abre nuevos horizontes de infinita grandeza e infinita luz, comunicando vida y naturaleza sobrenatural y deifica como la comunicó y deificó a los ángeles gloriosos. Porque también ellos son lo que son por la gracia de Dios.

La gracia es la raíz, y el germen, y el tesoro escondido en la propia alma, y como la vida encubierta de la visión beatífica. La gracia produce y acrecienta los deseos de ver y recoger los frutos ya gloriosos de esa visión beatífica de la esencia de Dios y, mientras ese momento llega, se goza y se anima el alma pensando en ellos. Son los frutos dichosos de la bienandanza y felicidad eterna.

57.—Sueña, alma mía, y gózate soñando grandezas y armonías, y hermosuras y luces, y mundos nuevos nada semejantes a éste. Sueña criaturas altísimas y dichosas muy superiores a todo sueño y con una inimaginable felicidad. Nunca tus sueños, por inconcebibles que sean en todo encanto y en toda felicidad, pueden ni aún remotamente parecerse a la inexplicable realidad de dicha y hermosura que Dios infinito te ha de dar, como nunca lo finito puede ni compararse con lo infinito. La realidad de la visión beatífica o de la luz de gloria,

que Dios te dará en el cielo, es infinitamente superior a todo ensueño y a todo entender criado. Sólo Dios puede comprenderla perfectamente. Con esa realidad dichosa verás directamente a Dios en su esencia y en sus infinitas perfecciones; con ella entrarás en la gloriosa posesión de Dios, bien de todo bien y alegría y júbilo de todo gozo. Es gozo y felicidad de Dios.

58.—*La luz de gloria es,* como ya se ha indicado en el capítulo anterior, *la fuerza especial extraordinaria que Dios pondrá en el alma y ha puesto ya en los ángeles y en los bienaventurados, para que el entendimiento entienda sobre la natural y ordinaria capacidad propia de su naturaleza.*

El alma tiene de suyo y en su naturaleza capacidad para ser levantada a ese modo extraordinario y sobrenatural de comprender. Sólo Dios puede levantarla o comunicarla esa capacidad sobrenatural, con la cual puede ver directamente a Dios y sus perfecciones en su esencia.

El acto de ver a Dios es la visión beatífica. Con la visión beatífica entra el alma en la dicha y felicidad sobrenatural ya para siempre. Con la visión beatífica el alma entra en la posesión gloriosa de Dios, empieza a vivir gloriosamente en Dios la vida de Dios, la bondad de Dios, la sabiduría

y el poder de Dios, la felicidad y gozo de Dios. Ya es dichosa para siempre.

La teología me enseña y prueba que el alma tiene capacidad para poder ser levantada a una perfección extraordinaria y sobrenatural muy superior y más alta que la que puede tener con sus propias fuerzas naturales, pero dentro de las propiedades de su misma naturaleza y sin perder su naturaleza.

Me dice la teología que el alma tiene *potencia obediencial* para ser levantada a esa perfección sobrenatural, o sea que tiene capacidad para recibir esa perfección que está fuera de su naturaleza ordinaria.

59.—Sólo Dios puede comunicar esa fuerza sobrenatural y levantar el alma de ese modo, que no está contra la naturaleza, pero que supera la naturaleza. No puede darse a sí misma esa fuerza o levantarse a lo sobrenatural la naturaleza propia, ya que es superior a sus fuerzas y a su poder. Ni puede darla tampoco criatura alguna, ya que la criatura no puede crear y una fuerza tan extraordinaria, tan fuera y tan superior a la naturaleza propia es una creación y la fuerza sobrenatural sólo la puede dar el Ser que es sobrenatural por esencia y por su misma naturaleza. Sólo Dios es creador; sólo Dios es el ser sobrenatural por su

misma esencia; sólo Dios puede comunicar al alma o al ángel esa gracia tan altísima.

Sin esa fuerza sobrenatural, sin esa luz de gloria que levanta la inteligencia para poder comprender y ver sobre la naturaleza y sobre la capacidad propia ordinaria, no hay criatura que pueda ver directamente a Dios en su esencia. Dios es ser sobrenatural, y su naturaleza superior a toda comprensión criada. Dios es una luz tan esplendorosa y de tanta refulgencia, que no puede resistirla ninguna inteligencia criada sin su especial ayuda.

60.—Las criaturas materiales y espirituales nos muestran la prueba de la necesidad de la existencia de Dios. Vemos a Dios indirectamente por los efectos maravillosos de la creación. Vemos los astros y sus reflejos, vemos las flores y los frutos de la tierra, vemos los animales tan variados, y siendo los hombres tan perspicaces, no sabemos comprender los misterios de sus propiedades ni de sus orígenes. Todos ellos nos pregonan que Dios los ha criado y se desenvuelven y desarrollan siguiendo inconscientes sus mandatos.

Existe Dios infinito y creador de todo, pero no nos es posible, ni aun al ángel le es posible, comprender ni ver la esencia y la naturaleza de Dios hasta que Dios nos dé la luz de gloria y sobrenaturalice nuestra capacidad de comprender. Lo finito no puede comprender lo infinito, aun

cuando fuera evidente o ciertamente se pruebe la necesidad de su existencia.

Sólo Dios puede comunicar al alma la capacidad de comprenderle y la luz para verle, y la comunica por un modo excelso, que sólo su sabiduría y su poder pueden y saben. Sólo Dios puede dar esa penetración al entendimiento para entenderle y para verle.

Ver la esencia de Dios directamente es ya poseerle y es la perpetua felicidad y dicha del alma. Mi alma verá a Dios con la luz de Dios y en la luz de Dios. Mi alma será feliz y dichosa con esa luz divina y gozará en su mismo gozo.

61.—A esa luz especialísima y sobrenatural, a esa elevación de la inteligencia sobre su propia naturaleza ordinaria, que es sobre sí misma, llamamos luz de gloria con la cual mi alma ya verá a Dios directamente en su esencia y verá sus perfecciones, y al acto de ver y al gozo producido llamamos visión beatífica.

Desde ese mismo momento en que la inteligencia es iluminada con esa luz sobrenatural, el alma ve a Dios, ve lo infinito de Dios, comprende a Dios y sus infinitas perfecciones en sí mismo, aunque no puede comprenderle totalmente, porque lo infinito nunca puede ser comprendido total y simultáneamente por lo finito. Pero el alma ya comprende y posee a Dios en su ser infinito,

en su esencia infinita y en sus perfecciones infinitas en número e infinitas en intensidad o perfección. Desde ese momento empieza la dicha y la felicidad del alma ni ya puede perderla jamás. Para siempre seré dichoso, Dios mío, desde el momento en que te vea; seré dichoso con la dicha de Dios y viviré la misma vida de Dios en gloria, y tendré sabiduría y poder de la sabiduría y del poder de Dios. Para siempre ya gozaré la felicidad y el gozo del mismo Dios.

62.—Los ángeles que no recibieron ese don, esa gracia de la luz de gloria, nunca pudieron ver a Dios, nunca jamás podrán ver a Dios; siempre estarán fuera de su último fin y fuera de la dicha sobrenatural. Los ángeles que la recibieron entraron con ella en la visión beatífica; tienen, aunque de modo finito, la misma dicha de Dios; viven la misma vida de Dios, conocen con la misma sabiduría de Dios; son felices con la felicidad de Dios.

Los ángeles gloriosos y los bienaventurados conocen y gozan de modo finito según la gracia recibida. Dios es el único infinito, el único sin límites en todo bien: en su ser, en su poder y en su gozar. Los ángeles y los bienaventurados gozan, y ven y pueden cuanta es su capacidad. Los hombres adquirieron la capacidad de conocer, de amar y de gozar a Dios y de todas las cosas en

Dios por la gracia santificante. Adquirieron la gloria que ya gozan por el ejercicio de las virtudes y por el amor a Dios mediante la gracia.

Alma mía, Dios pone en tu voluntad y decisión todos estos medios para hacer crecer en ti la gracia cuanto tú quieras. Dios te comunicará la gloria que tú ahora quieras adquirir. En tus manos pone Dios tu felicidad.

63.—*La luz de gloria o la visión beatífica tiene su raíz en la gracia y es solamente una parte o un efecto de la perfección que comprende la gracia, ya que la gracia es la raíz general o la causa de toda perfección y hace relación a todos los órdenes, mientras que la luz de gloria tan sólo levanta al alma en cuanto se refiere a conocer a Dios bajo el aspecto de verdad* (1).

Recordaba antes cómo la teología me enseña que la visión beatífica es la operación o la actualidad gloriosa presente de la gracia. La gracia comunicando al alma la naturaleza sobrenatural, da el ser sobrenatural que produce esa obra gloriosa y como causa que es de la obra se la considera más perfecta que la misma obra (2).

Es muy cierto y clarísimo que la gracia es la medida de la visión beatífica y de la luz de glo-

(1) *Cursus Theologicus Salmaticensium*, tract. XIV, disp. IV, dub. VII, núm. 113.

(2) Ib., 114.

ria que Dios pone en el alma. Quizá quede expresado con más claridad, aun cuando con menos precisión en las palabras, diciendo que Dios cambia en el cielo la gracia en la luz de gloria, y según la intensidad de la luz de gloria es la alteza de la visión gloriosa de Dios, y según la intensidad de la visión es la grandeza de la felicidad. La medida de la felicidad es la gracia.

64.—La visión beatífica es ver a Dios, es comprender, es gozar y poseer directamente a Dios en su misma esencia y en sus perfecciones infinitas. Es como el abrazo perpetuo de Dios al alma y del alma a Dios.

La visión de Dios es la felicidad y será tanta cuanta haya sido la gracia.

Sólo Dios puede comprenderse total y simultáneamente a Sí mismo o de modo infinito y perfectísimo. Pero el bienaventurado se sumerge en Dios por la visión de Dios y se posesiona ya de ese mar infinito de alegría y de felicidad, de luz y de gozo y se transforma en dicha, y en dulzura, en sabiduría, en poder y en amor sumergido y empapado en la misma esencia de la dicha, de la dulzura, de la sabiduría y del amor infinito y de la divina omnipotencia. Está gozando en el manantial de la felicidad y del gozo.

Por la Visión beatífica el alma se ha hecho amor glorioso de Dios. Por la visión beatífica el

alma toma posesión gloriosa de Dios. Por la visión beatífica Dios es ya gloriosamente del alma y el alma es de Dios y ve el alma que lo es ya para siempre con toda seguridad y en toda felicidad. Eternamente estará ya el alma en la exaltación gloriosa y altísima en saber, en poder, en delicia y felicidad. Para siempre ya será luz en la luz de Dios y gozo en su gozo. ¿Cómo me han de extrañar las ansias que los santos sentían de ir a ver a Dios cuando habían recibido luces especiales de esta verdad?

65.—Leo que un día se aparecieron Santa Agueda, Santa Eulalia y Santa Cecilia a Santa Oria en el encerramiento que había abrazado y la dijeron: «¿Quieres venir con nosotras a darte un paseo por el cielo?» Y con ellas fue y vio maravillas del cielo. Estando fuera de sí a la hora de la muerte la despertaron del semiletargo para que saludara a su confesor, que venía a ayudarla en su tránsito al cielo, y al abrir los ojos dijo: *¡Ay, pobre de mí! ¡En qué gloria estaba! ¿Por qué me despertaron? Grande amor me hicieran si me dejaran un poquillo más. Hubiera muerto de placer; porque las dichas que allí gozaba eran tan grandes, que todo el mundo es nada comparado con ellas* (3).

(3) Fr. Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano*, 10 de marzo.

La Visión beatífica llena al alma de exaltación altísima de una gloria y dicha como no podía soñar ni menos aún merecer. Esta es la visión de Dios en su esencia y ésta es la gloria esencial. Por ella ya está el alma en la posesión gloriosa de Dios. El torrente inconcebible e inefable de las bondades, de las riquezas, de las perfecciones divinas se ha volcado sobre el alma inundándola de gloria. Es la Visión beatífica. Es la felicidad. Es Dios infinito y glorioso llenando el alma de gloria y de dicha. Entra el alma en el gozo de Dios y queda hecha gozo y contento y delicia divinos.

En la tierra la gracia es esta misma realidad, pero sin sentir la gloria ni el gozo. La gracia es la participación de la naturaleza de Dios, pero de modo no sensible. La gracia es el tesoro de la Luz de gloria y el germen de la Visión de Dios. La gracia es la posesión de Dios. La gracia será el cielo que cada uno ha de tener cuando sea transformada en *luz de gloria y en visión beatífica,* en exaltación de júbilo en el jubiloso gozar de Dios.

Capítulo XIII

PARTICIPAR DE LA NATURALEZA DIVINA ES LO MAS PERFECTO DE LA CREACION

66.—El alma que recibe la gracia de Dios recibe participación de la naturaleza de Dios.

La gracia divina hace al alma hija adoptiva de Dios, y recordábamos que en el concepto de hijo va incluida necesariamente la verdad filosófica que el hijo ha de proceder del padre en semejanza de naturaleza o tener la misma naturaleza y la misma vida que el padre. El hijo fiel tiene derecho a la herencia del padre. No es posible ser hijo sin tener la misma naturaleza del padre.

San Pedro, inspirado por el Espíritu Santo, ya nos dice en su carta: *Por Jesucristo nos ha dado Dios las grandes y preciosas gracias que había prometido; para hacernos partícipes por medio de estas mismas gracias de la naturaleza divina; huyendo la corrupción de la concupiscencia*

que hay en el mundo (1). Y en el Salmo se nos dice: *Sois dioses e hijos todos del Altísimo* (2), palabras a las que hizo referencia Jesucristo en el Evangelio (3).

Ante esta verdad que me enseña la Divina Escritura mi alma queda maravillada, y perpleja se pregunta: ¿Cómo es posible participar física y realmente de la naturaleza divina? ¿No encierra esto un imposible manifiesto? Pero si encierra una verdad, será la verdad más hermosa que pueda comprender mi razón. Esta verdad revoluciona de santas y luminosas ilusiones mi alma y mi sentimiento y hace vagar mi imaginación en añoranzas de luces y bellezas y gozos de inmortalidad. ¿Cómo podrá realizarse esto? ¿Será posible tanta dicha y tanta grandeza presente y de futura felicidad?

67.—Porque mi entendimiento —y con mayor certeza la fe— me dicen que Dios es el Ser Infinito en todo bien y en toda perfección. La filosofía me enseña los más nobles y altos conceptos cuando me dice que por lo mismo que Dios es el Ser infinito, es el Ser simplicísimo, que no puede dividirse, y donde está, está todo totalmente y está en todos los seres y en todas partes y está con

(1) Pe., 1, 5.
(2) Sal., 81, 6.
(3) Jn., 10, 34.

toda su actividad y actualidad y obra en sí la obra infinita, dentro de sí mismo. Dios es el ahora presente en infinito entender, en infinito gozar. Dios es el inmutable: nada puede adquirir que no tenga; nada puede perder de cuanto tiene, y tiene el bien infinito, y tiene todo el bien posible, y tiene todas las infinitas perfecciones en grado sumo y con infinita perfección, y las tiene y las ve y las comprende y las goza todas con sumo gozo simultáneamente, presentes, actuales.

Dios es el glorioso y feliz ahora continuo siempre presente.

Para Dios no hay tiempo ni cambio; para Dios no hay pasado ni futuro; Dios es el ahora actual, y en ese ahora actual está siempre en el sumo e infinito gozo del sumo e infinito bien sin mezcla de sombra de mal, ni de hastío; está en el sumo e infinito y siempre renovado gozo de entender y de poder. Dios es el infinito amor satisfecho, como es la infinita sabiduría, la infinita hermosura y la bondad infinita. Dios es el bien total, el bien absoluto que encierra todos los bienes.

Todo está presente y simultáneo a Dios: lo creado y lo creable. Dios es Creador de todo cuanto existe y el que da las propiedades y cualidades o leyes a todos los seres. Dios crea o produce de la nada cuanto quiere de todo lo posible que se puede crear. El ha creado los mundos visibles de

los astros y de las criaturas materiales y las ha puesto las leyes; El ha creado los mundos espirituales invisibles de las almas y los inmensamente más numerosos y ciertamente con más altísimas perfecciones de los ángeles en sus variadas y múltiples jerarquías con sus perfecciones gloriosas y coronándolos de felicidad. Dios ha llenado el cielo de júbilo como El es júbilo continuo y perpetua delicia (4).

68.—Si Dios es el Ser infinito, perfectísimo y simplicísimo, en quien no cabe defecto alguno ni puede dividirse, ¿cómo puede comunicarse?

Dios no necesita lugar para existir, porque es espiritual y simplicísimo. Dios existe en sí mismo y es el sumo acto en la suma e infinita y permanente actividad. Dios no necesita lugar para existir. Su esencia es su mismo ser y su mismo existir existiendo en Sí mismo y por Sí mismo como único ser necesario. El crea el lugar para las criaturas como ha creado las criaturas y está totalmente en todo lugar y en cada criatura y en cada átomo que crea y les está dando continuamente y conservando el ser y la existencia y las propiedades que cada uno tiene. Nada puede existir sin estar Dios presente y dándolo y conservándole la existencia.

(4) Véase, tratado más concreto, el capítulo XXXI.

Si Dios es infinito y es ser y acto simplicísimo, ¿cómo puedo yo tener ni puede tener criatura alguna participación real de la naturaleza divina y de lo infinito de Dios? Al participar del ser simplicísimo e indivisible o lo tendría todo y sería también dios, y ni yo soy dios ni puede serlo criatura alguna, o no se podrá participar.

El Ser infinito, que tiene todas las perfecciones infinitas y en grado infinito por su esencia misma y es ser necesario y existe por sí mismo, sólo puede ser uno. Es imposible haya dos infinitos y dos seres necesarios por su misma esencia. Encierra en sí mismo contradicción porque sería ser y no ser; tenerlo todo y no tenerlo; poderlo todo y no poderlo, diferenciándose en algo del otro, y si no se diferenciaba era el mismo ser infinito.

Mira bien, alma mía, y llénate de admiración y de gozo ante el concepto de que *Dios es lo que es mejor. Dios es lo que es más. Dios es lo que es. Dios es por todos los lados sin término. Dios es por todas partes sin límite. Dios es hermoso sobre todo lo hermoso, y bueno sobre todo lo bueno y perfecto sobre todo lo perfecto. Dios es perfectísimo y más. Dios es hermosísimo y más. Dios es amabilísimo y más* (5), como escribe el padre

(5) *De la Hermosura de Dios y su Amabilidad por las infinitas perfecciones de su Ser Divino*, lib. 1, cap. 17, 1.

Nieremberg en su magnífico y fervoroso libro *De la Hermosura de Dios y su Amabilidad.*

Recuerda con amor, alma mía, lo que te dice San Anselmo hablando de Dios y con Dios.

Ciertamente, creemos que Tú eres aquello que no se puede pensar nada mayor... ¿Y qué es aquello que no se puede pensar nada mayor? ¿Y qué es sino aquello sólo sumo de todas las cosas, que existiendo sólo por sí mismo hizo de la nada todas las demás criaturas? Porque todo lo que no sea esto, es menos de lo que se puede pensar.

¿Qué bien podrá faltar al Sumo bien, por el cual existe todo bien? Eres, pues, Señor, no sólo aquello que no se puede pensar nada mayor, sino que además eres mayor de cuanto se puede pensar. Si tú no fueses este mayor bien que se puede pensar, se podría pensar algo mayor que Tú, y esto no puede ser (6).

Si Dios es el Altísimo y perfectísimo y Sumo Ser, el Ser infinito en toda perfección y en todo bien, en todo saber y en todo poder y gozar, *la ciencia que de Dios puede tener el alma es únicamente saber que no puede comprender su esencia* (7), o según otra frase del mismo San Agustín: *A Dios se le conoce mejor sabiendo que no se le conoce* (8), porque no teniendo ni forma, ni

(6) *Proslogio*, 2, 5, 15.
(7) San Agustín: *De Ordine*, lib. 2, 18, 47.
(8) Id., id., *Ib.*, lib. 2, 16, 44.

figura, ni color, ni límite, es imposible que la inteligencia pueda hacer o tener idea concreta de su ser ni compararle con nada. ¿Cómo ha de ser posible formar idea del infinito bien y de la infinita verdad o hermosura?

Pues ¿cómo será posible que esta alma mía o criatura alguna pueda por la gracia participar realmente de la naturaleza divina?

¿Qué es y en qué consiste o cómo es posible participar de Dios?

Capítulo XIV

QUE ES PARTICIPAR Y COMO SE PARTICIPA DE DIOS

69.—Me enseña la teología que por la gracia el alma participa real y físicamente del mismo Dios, de la naturaleza divina y de sus perfecciones.

Porque el alma participa de Dios, como nos lo dice San Pedro en su carta, me asegura la teología que Dios *endiosa* al alma cuando la comunica su gracia, como me lo dicen también los Salmos.

Endiosar al alma es como sacarla de su naturaleza propia levantándola y comunicándola naturaleza divina sobre la naturaleza natural. Es lo que llamamos sobrenaturalizar el alma. El alma no pierde su propia naturaleza, pero en esta su naturaleza propia recibe otra naturaleza superior a ella que la levanta a otro orden inmensamente superior y pone en ella o la comunica perfecciones altísimas, perfecciones del mismo Dios. Esto

es lo que se expresa cuando con tanta frecuencia se dice que el alma es levantada a vida sobrenatural o por encima de su naturaleza propia y enriquecida con perfecciones divinas.

Como no me es fácil comprender estas verdades, tampoco me será fácil expresarlas con claridad, pero quiero intentarlo con la ayuda de Dios, pensando un poco detenidamente en estos conceptos tan altos, tan hermosos, tan interesantes para animar mi alma y a todas las almas a vivir con la mayor perfección posible la vida espiritual, y esforzarme en practicar las virtudes.

70.—Recordaba antes que Dios es Ser infinito, es el Sumo Bien y la felicidad misma por su esencia. Si es el Ser infinito, es el ser único e indivisible, es también el ser simplicísimo y omnipotente, el ser necesario, sumo acto en infinita y actual actividad. Y parece que si es simplicísimo e indivisible no podrá otro ser alguno criado participar de la naturaleza de Dios, porque siendo la naturaleza de Dios infinita, también lo sería el ser que participara de esa naturaleza. Tendría perfecciones divinas, sería Dios y esto no puede ser. Veo que ni mi alma es Dios ni los ángeles son Dios.

Quiero estudiar y aclarar un poco este concepto, que encierra mucha luz.

71.—*Participar* es recibir parte en la perfección

y en el bien de un ser superior, o recibir comunicación en esas perfecciones. No es recibir toda la naturaleza ni todas las perfecciones del ser superior ni con toda la intensidad o perfección con que están en el ser superior. Entonces ya no sólo sería recibir parte, sino igualar; sería una imagen perfectísima e igual al mismo ser superior.

Yo recibo participación del sol; participo de algunas de sus perfecciones y siento sus efectos. Recibo luz y calor del sol, pero no soy sol ni tengo las propiedades del sol.

En Dios la imagen perfectísima de Dios es el Verbo Eterno, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad y el Espíritu Santo, la Tercera Persona. Son imagen tan perfectísima que son la misma e idéntica naturaleza; la misma e idéntica esencia simplicísima, infinita; son el mismo acto infinito, omnipotente; el mismo Ser y un solo Dios infinito.

El Verbo, Segunda Persona, es la imagen perfectísima del Padre, la Sabiduría eterna e infinita engendrada o entendida por el entendimiento infinito que eternamente entiende. Como el entendimiento divino eternamente, siempre, continuamente, ha entendido, entiende y entenderá lo infinito, eternamente ha sido engendrada y producida la sabiduría infinita y eterna que es el Verbo eterno, que es lo infinito entendido, eterno e infinito como el entendimiento que entiende y una misma

y única naturaleza y esencia con el entendimiento que entiende. La Sabiduría entendida es el mismo y único Dios infinito y simplicísimo con el entendimiento que entiende. A la Palabra eterna y Sabiduría eterna, a lo infinito comprendido por el entendimiento divino llamamos Hijo, porque es engendrado, sin principio y eternamente como el entendimiento que entiende. Es un solo Dios, simplicísimo.

Esta es la vida de Dios y su obra eterna, infinita, continua, siempre actual, dentro de su misma esencia. Esta vida, con el Amor infinito que produce, es la felicidad eterna y el gozo infinito de Dios, siempre actual, siempre infinito, siempre nuevo, sin poder disminuir nada, sin poder crecer nada porque es infinito, siempre en actual e infinito gozar.

La Inteligencia infinita eternamente produciendo o engendrando la Sabiduría infinita, produce la obra infinita y eterna, única proporcionada al poder infinito, única donde se retrata perfectamente el entender y el poder infinito, consustancial con el entendimiento y su misma simplicísima naturaleza, esencia y poder (1).

72. Todos los mundos creados o creables, todos los seres juntos no son obra proporcionada al

(1) Véase el cap. X, núm. 45.

poder infinito, no reflejan perfectamente al infinito poder de Dios. Lo son y lo reflejan la sabiduría infinita del Padre y el amor infinito del Padre y del Hijo produciendo el Espíritu Santo. El Padre engendrando al Hijo, la Sabiduría eterna y el Padre y el Hijo, el entendimiento que entiende y la Sabiduría eterna y la Palabra eterna entendida por el entendimiento eterno, produciendo eternamente el Espíritu Santo, el Amor eterno, el gozo eterno e infinito del Padre y del Hijo, del entendimiento entendiendo y de la Palabra o Sabiduría eterna entendida; las tres Personas divinas, una sola y misma esencia infinita, simplicísima y eterna; un mismo y simplicísimo Ser, infinito y eterno, un mismo y simplicísimo Poder infinito, que se entiende a sí mismo y es entendido por sí mismo, que se ama a sí mismo y es amado por sí mismo con infinito, eterno y siempre actual gozo.

Esta es la obra proporcionada, y la actividad necesaria, eterna, gozosísima e infinita de Dios; Este es el ser y el obrar infinito y eterno de Dios en tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en un solo Ser simplicísimo e infinito. Pero esto no es participar, sino ser un mismo ser.

El entendimiento divino entendiendo eternamente su esencia infinita, entendió todos los seres posibles y todos los mundos creados y creables y produjo la infinita Sabiduría entendida.

Siempre la Sabiduría infinita entendida tuvo presentes todos los seres posibles y todos los mundos creados y creables y produjo con el Entendimiento eterno el Amor eterno e infinito en el abrazo del Gozo infinito.

El entendimiento eterno, la Sabiduría o Palabra eterna y el Amor eterno son la misma esencia infinita simplicísima y eterna, el mismo Poder infinito y eterno. Son un solo Dios infinito, simplicísimo, eterno, con infinitas perfecciones infinitamente perfectas. Son Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo; un solo e infinito y perfectísimo Dios, un solo entendimiento, una sola voluntad.

Con la grande autoridad en teología de Los Salmaticenses digo que *participar es recibir un ser inferior parte de la perfección de otro ser superior. El ser inferior recibe de la perfección imitable del ser superior una parte o un concepto y no lo restante.*

Para que haya participación es necesario que el ser inferior haya recibido alguna perfección, que es propia del ser superior y que se asemeje a ella en alguna manera (2).

Quiero volver a repetir, para que esté bien presente en mi memoria, esta básica verdad: *La gra-*

(2) *Cursus Theologicus Salmaticensium*, tract. XIV, disp. IV, dub. III, núms. 38, 39.

cia hace al alma semejante a Dios. La gracia es participación de la naturaleza y de las perfecciones de Dios.

La gracia transforma al alma y la hace sobrenatural.

La gracia endiosa al alma con endiosamiento real de semejanza analógica y de un modo limitado y finito con los límites que Dios se ha fijado a Sí mismo en las almas como en los ángeles.

73.—Sólo Dios es y puede ser sobrenatural por esencia, porque sólo Dios es el Ser necesario y el Ser infinito y de infinita perfección y causa creadora de todos los demás seres existentes.

Ya expuse antes (3) que la sobrenaturalidad en su propio concepto indica un ser superior a toda la naturaleza criada y creador de todo cuanto existe. Ni el alma, ni los ángeles, ni los querubines son sobrenaturales por su propia naturaleza. Son creados por Dios. Han recibido perfecciones limitadas aun cuando sean altísimas. Reciben o participan sobrenaturalidad de la sobrenaturalidad de Dios. Su naturaleza ha sido sobrenaturalizada por la gracia divina que Dios les ha dado y da. Sin la gracia no hubieran podido ni ver a Dios ni gozar de la felicidad sobrenatural. Los ángeles que no la recibieron, ni ven a Dios ni son felices.

(3) Véase el capítulo XI.

Sólo Dios es el Ser sobrenatural y Creador de todo. Toda la naturaleza creada es de otro orden muy inferior al del Creador.

Nadie fuera de Dios puede ser sobrenatural por su esencia.

Sólo Dios existe por su misma esencia y por su misma esencia es infinito en todo bien y en toda perfección. Sólo Dios es por su misma esencia el poder y por eso es omnipotente. Sólo Dios es por su esencia la bondad, y la sabiduría, y la hermosura, y el que crea y comunica hermosura, sabiduría, bondad y poder a todo cuanto tiene poder, bondad, hermosura o sabiduría. Dios es el Sumo Bien y todo bien procede de Dios.

74.—Cuando decimos que el alma o el ángel son sobrenaturales, debemos tener presente que lo son no por su naturaleza propia ni por condición necesaria de su esencia, sino porque, participando de la sobrenaturalidad divina, por la gracia, tienen alguna semejanza con Dios (4). Dios generosa y amorosamente les comunica de su propia perfección y los levanta a seres sobrenaturales por la participación que los da.

Dios, haciendo participante de su naturaleza divina a mi alma, me levanta sobre mi propia na-

(4) *Cursus Theolg. Salmat.*, tract. XIV, disp. IV, dub. III, número 41.

turaleza a un orden más alto del que naturalmente me corresponde; me sobrenaturaliza, me hace semejante en alguna perfección y amor a Dios, no igual, pues ser igual es imposible, y la semejanza es, como indiqué ya, sólo de analogía de proporcionalidad, que es cuando una misma propiedad se atribuye a varias cosas, pero de manera diferente.

Infinito por esencia y naturaleza propia y que actual y simultáneamente tenga todas las perfecciones posibles y con una perfección, modo y grado infinito, sólo puede haber uno, sólo puede ser Dios, y no puede haber más de un Dios, como no puede haber más de un ser necesario y un solo Creador.

Dios comunica parte de su perfección o, mejor, hace participante de sus perfecciones al alma o al ángel por su gracia, sin perder El nada.

La gracia divina es el vestido de cielo dado por Dios, que al mismo tiempo que hermosea y levanta, da derecho al cielo. La gracia deifica el alma.

La gracia es la semilla o la raíz de la visión beatífica y de la posesión gloriosa de Dios en el cielo. Es el rico tesoro oculto en el alma para disfrutar en el cielo. En la tierra poseemos a Dios por gracia y por amor.

Con la gracia comunica Dios sus perfecciones de modo limitado y finito a cada espíritu o a cada

alma como El mismo se ha determinado y ha querido.

Ser semejante a Dios es participar de sus perfecciones y de su vida; es poseer algo de las perfecciones de la naturaleza de Dios mismo en propiedad, no con toda la perfección con que están en Dios, sino con una semejanza real, física, formal, pero analógicamente; parecido a Dios, pero no idéntico, y un parecido muy limitado, como una estatua de piedra se parece a un hombre, pero es una verdadera piedra, representa a Santa Teresa, pero es una piedra sin vida alguna.

Yo participo de algunas perfecciones del sol. El sol me ilumina, me calienta. Hace estos efectos real y físicamente en mí, pero estoy muy lejos de ser sol; ni la tierra ni tantos seres que participan de los efectos y perfecciones del sol son sol.

Capítulo XV

LA GRACIA ES PARTICIPACION REAL DE LA NATURALEZA DIVINA COMUNICADA AL ALMA

75.—Todos los seres que existen o han existido han recibido de Dios su existencia como han recibido cuantas perfecciones y cualidades tienen, como están actualmente recibiendo la conservación de su ser y de sus propiedades y perfecciones.

Todos los seres participan algo de Dios, pero participan de muy distinta manera. La rosa recibe de Dios la hermosura y fragancia que tiene. El diamante y el oro, su destello y su fulgor; el jilguerillo que canta y el corderillo que brinca reciben su gracia, su ligereza y su encanto. Todo es don y comunicación generosa de Dios. Todas las criaturas tienen participación de la bondad de Dios en las cualidades de que han sido adornadas. El sol en su inexhausto refulgir y la flor en

su matizado colorido y el astro en su inmensa magnitud van cantando lo que deben a su Criador. Dios las ha hecho y embellecido.

Pero no pueden esas criaturas tan admirables y hermosas ser levantadas al orden sobrenatural ni pueden ser hijas de Dios sin dejar su naturaleza de ser lo que es. Y toda la inmensa variedad de animales encuentra su felicidad en la vida que actualmente disfrutan sin aspirar a otra superior. Todas esas criaturas y todos esos seres sensibles o insensibles, vivientes o sin vida son sólo un vestigio, un rastro o huella de Dios, y no pueden llegar a ser imagen de Dios ni participar de la naturaleza divina.

Tienen participación de Dios, porque son criaturas de Dios, criadas y conservadas en su ser y dotadas por el mismo Dios de las cualidades que tienen. Nunca pueden llegar a conocer a Dios, ya que carecen de entendimiento, ni pueden, por eso mismo, llegar a ser hijas de Dios. Tendría Dios que darles un nuevo ser con una nueva naturaleza y capacidad y ya no serían criaturas irracionales.

76.—También ha creado Dios los ángeles y las almas. A estos seres espirituales, además de las perfecciones naturales tan maravillosas con que les ha enriquecido y hermoseado, los ha dotado de capacidad para recibir otras perfecciones aún más

nobles y levantadas del orden sobrenatural en armonía con esas mismas perfecciones y cualidades, sin perder su ser ni su naturaleza, sino perfeccionando su naturaleza y su ser.

Dios ha dado al ángel y al hombre la facultad de entender y de amar, aun cuando de muy distinto modo. En la capacidad natural ordinaria de entender y de amar según su propia naturaleza, queda una capacidad para poder recibir una nueva y más alta luz extraordinaria y sobrenatural, que no destruye la natural, sino que la levanta y perfecciona, y además de la natural la reviste de la sobrenaturalidad en amar y entender. Sólo Dios la puede poner y la pone en las almas que están en gracia, y con esa nueva luz y nueva fuerza el ángel y el alma bienaventurada ven a Dios en su esencia directamente y adquieren la visión beatífica con la luz de gloria y empiezan a vivir la felicidad y dicha sobrenatural, incomparablemente superior a la sola natural.

Dios, que ha dado en su creación el espíritu al ángel y al alma humana, no les ha dado como naturaleza propia ordinaria la vida sobrenatural o la naturaleza sobrenatural. En ese caso sería ya naturaleza natural no sobrenatural. En la capacidad ordinaria del entender natural del hombre y aun del ángel no cabe el ver y entender directamente a Dios en su esencia. Pero Dios ha creado al hombre, como al ángel, no sólo para la felicidad na-

tural, sino para la felicidad sobrenatural, y no puede tener esa felicidad mientras no vea y entienda a Dios directamente y viendo y entendiendo la esencia divina la posea y sea feliz con felicidad natural y sobrenatural.

Dios ha dado al entendimiento criado capacidad para poder recibir la luz o la fuerza extraordinaria sobrenatural, que el mismo Dios le comunicará, y con ella ver a Dios, entender a Dios, vivir la vida de Dios y ser feliz natural y sobrenaturalmente. Vivirá en Dios, entenderá con la sabiduría de Dios, será feliz con la felicidad sobrenatural de Dios. Se la comunica y da Dios con la luz de gloria en proporción de la gracia que tenga. Será su visión, o su conocimiento, gozo y gloria de la esencia y de las perfecciones sobrenaturales de Dios, y su felicidad, según esta luz comunicada y según la gracia vivida y alcanzada.

77.—Dios ha criado al ángel y al hombre para la felicidad sobrenatural en la gloria. Para que pueda tenerla, le comunica Dios naturaleza sobrenatural con la gracia divina.

La gracia sobrenaturaliza al hombre, como sobrenaturalizó al ángel glorioso, levantándole sobre su naturaleza ordinaria. Le da ser y vida sobrenatural, o por encima de la vida y del ser natural, haciéndole participante o comunicándole y como injertándole ser, vida y naturaleza sobrenatural del

ser, de la vida y de la naturaleza del mismo Dios.

Dios ha creado al hombre para la felicidad sobrenatural, para el fin sobrenatural, que es la visión beatífica o conocimiento y gozo directo y la posesión gloriosa del mismo Dios.

La gracia sobrenaturaliza al hombre, como sobrenaturalizó al ángel, no destruyendo el ser ni la naturaleza propia humana ni despojándole de su personalidad, sino añadiendo una perfección más alta y más noble a esta naturaleza y personalidad, sobrenaturalizándola, dándola propiedades divinas.

En esto era la admiración de los santos y su gozo y en esto debe llenarse mi alma también de admiración y de agradecimiento. No que Dios me ha criado, sino que me ha criado para la felicidad natural y para la sobrenatural; me ha criado para comunicarme perfecciones divinas y naturaleza divina y felicidad divina. Gózate en ella, alma mía, y sueña grandezas y bellezas. Has sido creada para más de lo que piensas. Escucha a San Agustín y síguele: *Dios quiere hacerte Dios, no por naturaleza, como es Aquel a quien engendró, sino por el don de la gracia y por adopción* (1). *Amando a Dios somos hechos dioses* (2), *pero porque me amasteis, ¡oh Señor!, me habéis hecho amable.*

78.—Con la misma exactitud me dice Santo

(1) *Sermón* 166.
(2) *Sermón* 121.

Tomás que Dios comunica la gracia al alma y *la gracia perfecciona la esencia del alma, ya que recibe una semejanza del ser divino* (3) *y Dios deifica o diviniza al alma comunicándola los bienes propios de su naturaleza divina por una participación de semejanza* (4). La teología me enseña *que la gracia divina participa formalmente de la naturaleza divina como ser infinito, independiente, por su misma esencia con una semejanza formal analógica* (5).

Quiero examinar algo más detenidamente esta verdad muy trascendente, pues me ayuda a conocer mejor la sobrenaturalización y la deificación o divinización del alma, y por ello seré más fiel y más agradecido a la llamada de Dios.

Sé que Dios encierra en Sí todas las perfecciones posibles simultáneamente en un solo acto simplicísimo, ininterrumpido, infinito, de infinita actividad, siempre actual, siempre obrando la obra infinita del entender y amar infinitos, siempre en el ahora eterno y glorioso sin antes ni después. Su ser o su esencia infinita es y encierra todas las perfecciones posibles aunadas, conjuntas, de modo simplicísimo y perfectísimo, en sumo grado de bien infinito, sin límites.

(3) *Suma Teológica,* III, q. 62, a. 2.

(4) *Suma Teológica,* I-II, q. 112, a. 1.

(5) *Cursus Theologicus Salmaticensium,* tract. XIV, disp. IV, dub. IV, núm. 63.

Sólo Dios puede tener todas las perfecciones infinitas, actualmente presentes, todas simultáneas, siempre de modo perfectísimo, sumo, infinito, glorioso. Sólo Dios es el Ser necesario, sin principio, ni puede tener fin. Sólo Dios es el ser y el existir y el sumo entender y obrar por su misma esencia. Sólo Dios es el Ser infinito, y el Sumo Bien, y el Creador de todo bien y la felicidad gloriosa por su misma esencia.

No puede haber más que un Ser necesario, y un Ser infinito en todas las perfecciones, único Creador y Conservador de cuanto existe y dueño absoluto de todo. Ese Ser es Dios. Sólo puede existir un ser sobrenatural por su misma esencia (6).

Sólo Dios puede tener el modo sumo e infinito de todas las perfecciones y le ha tenido y tiene siempre como tiene todas las perfecciones y no puede dejar de tenerlas ni puede desposeerse de una sola; por esto no puede dejar de estar siempre presente en todo cuanto existe, en el sumo amar, en el sumo entender, en el sumo gozar, simultáneo, teniendo siempre presente todo lo posible, no sólo cuanto existe o ha existido o existirá, sino cuanto puede existir.

No es posible comunicar esas perfecciones in-

(6) Queda ya indicado en el capítulo XII, pero es verdad muy fundamental e importantísima y conviene tenerla presente. Véase *Dios en mí*, VIII, IX y X.

finitas y ese modo infinito a otro ser alguno distinto de El.

Las comunica necesariamente y continuamente a su propio Verbo Eterno, que es la Sabiduría y lo entendido de su entendimiento eterno, y las comunica en el Amor Eterno y en el gozo eterno, que son El mismo, la misma esencia infinita y la misma naturaleza infinita: Dios infinito, perfectísimo: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Pero Dios puede comunicar a las criaturas, y de hecho comunica, perfecciones, que en Dios son absolutas y perfectísimas, sin comunicar ni todas las perfecciones infinitas ni el grado sumo, infinito y perfectísimo con que están en El. La razón me dice que es imposible que Dios comunique ni las perfecciones infinitas ni el modo infinito a criatura alguna. Dejaría de ser Criatura para ser Dios, y esto es una contradicción en sí misma.

79.—Dios comunica a las criaturas cuanto tienen desde su ser y existencia hasta cuantas cualidades tienen de hermosura, de bondad, de poder o de sabiduría, pero siempre de modo muy limitado. Vemos que todas las criaturas pueden algo. Todas las inteligencias saben algo. Todos tenemos alguna perfección y alguna bondad. Son participación de las perfecciones de Dios.

Nunca, repito, criatura alguna puede participar o tener lo infinito de Dios ni en su ser ni en

una modalidad suma. Sólo Dios es el infinito en su ser y en todas las perfecciones y en el grado perfectísimo e infinito.

Los seres materiales me explican y hacen patente las participaciones que se pueden tener, aun cuando me lo expliquen imperfectamente.

Veo que el sol brilla en lo alto del firmamento y yo recibo y participo de su luz y de su calor e igualmente participa más o menos que yo el que está conmigo o cerca o lejos de mí. El sol envía sus rayos de luz y su calor e ilumina y calienta la tierra y la luna. Participamos de algunas propiedades del sol y de algunas de las perfecciones que el sol tiene; pero de recibir esta perfección participada a ser sol ni a ser como sol ni a tener en propiedad las perfecciones y cualidades del sol hay muy grande e infranqueable distancia.

Otra comparación: Me empapo yo en un perfume o me rocío con él; participo de este modo de su fragancia y huelo e irradio de mí el olor del perfume, sin ser yo el perfume. Participo del perfume.

Un pedacito de pan sumergido en vino se empapa y recibe cualidades del vino y cambia de color y de sabor sin dejar de ser pan. El pan impregnado en vino cambia no sólo exteriormente, sino interiormente; recibe cualidades y propiedades que antes no tenía, sin dejar de ser el pedacito de pan.

Y vemos también que el hierro metido en el fuego se calienta y enrojece y se hace como fuego con propiedades de fuego sin dejar de ser hierro.

80.—Es propio de la naturaleza divina en su entendimiento divino y en su voluntad divina conocerse y amarse a sí mismo con conocimiento infinito y con amor infinito, en sumo gozo y en felicidad y gloria también infinita. En el conocimiento perfectísimo e infinito que Dios tiene de su ser infinito conoce en sí mismo todo lo infinito de su poder y conoce todos los seres posibles y los conoce con conocimiento actual, gozoso, simultáneo, presente. Dios es el ahora de infinito bien e infinita perfección.

Dios ha dado al alma la propiedad de entender y de amar, o sea, ha comunicado al alma su propiedad de entender y de amar y el deseo de conocer y amar a Dios como último fin y como felicidad sobrenatural suya, aun cuando no tenga conciencia actual o reflexión de esta aspiración a Dios. Porque Dios la ha puesto esta aspiración y esta necesidad, con nada criado puede el alma satisfacerse permanentemente. Siempre aspira a más y a mejor.

El alma participa del conocimiento y del amor de Dios y con deseo de poseer la felicidad, que es el mismo Dios y le poseerá y gozará en el cielo.

Dios puso en la esencia de la naturaleza del

ángel y del hombre el conocimiento y el amor natural de muy diferente manera, y sobre ese conocimiento y amor natural ha querido poner y pone un amor sobrenatural en la misma esencia del alma, en lo íntimo del alma. Es el amor especial de Dios; es la gracia sobrenatural de Dios, que levanta el alma a un orden sobrenatural y a manera de naturaleza sobrenatural. Es la participación especial de la divina naturaleza, que levanta al alma sobre su ser natural y la da derecho a la felicidad sobrenatural por la visión gloriosa de la esencia de Dios y la hace hija de Dios y heredera del cielo, como hizo al ángel fiel.

Al poner Dios en el alma el conocimiento y el amor especial, pone el deseo, la aspiración de la bienaventuranza eterna explícita o implícitamente y señala el fin sobrenatural para el cual nos ha criado. Con ese amor especial Dios pone en lo interior del alma, en la esencia misma del alma, algo superior a cuanto puede aspirar la naturaleza criada con sus propias fuerzas naturales. Con ese amor especial, con esa vida nueva sobrenatural, el alma se hace apta para llegar a conseguir el fin sobrenatural. Ese amor, ese impulso y aspiración interior, esa vida nueva es la gracia de Dios.

81.—Dios está presente en todas las criaturas por el atributo de su inmensidad. Dios está por esencia, presencia y potencia más íntimamente pre-

sente en todos los seres, que están ellos presentes a sí mismos y está dándoles y conservándoles el ser y la existencia y las cualidades y perfecciones que cada uno tiene.

Ni los seres materiales, ni los animales conocen las perfecciones que tienen, ni lo sabemos tampoco los racionales ni cómo las tenemos. Dios sí que lo sabe y nos las da y las hace desarrollar y lo rige y gobierna todo.

Pues de un modo mucho más íntimo y misterioso de como está presente y obra en las perfecciones y propiedades de los seres naturales, está en las almas por su gracia y por ese amor muy especial. Está obrando la obra sobrenatural, con la cual no tiene comparación la obra natural aun siendo espiritual e intelectual.

Dios está presente de ese modo nuevo sobrenatural en la esencia del alma poniendo la vida sobrenatural y comunicando el obrar sobrenatural. Está haciendo al alma participante de su misma naturaleza divina como divina y de sus perfecciones infinitas, pero de modo finito y limitado. Por pura bondad de Dios el alma es levantada por encima de su naturaleza, pero sin perderla, a naturaleza sobrenatural con nuevas propiedades.

82.—La naturaleza, me dice la filosofía, es el principio de obrar. La gracia está en el alma a manera de naturaleza sobrenatural y es el princi-

pio de las obras sobrenaturales o virtudes sobrenaturales. Es el amor especial y sobrenatural que Dios tiene al alma y ha puesto en el alma. Al poner Dios su amor especial o su gracia en el alma a manera de naturaleza, con verdad se dice ya que el alma tiene naturaleza sobrenatural y propiedades de Dios y obrar de Dios o sobrenatural, no en el sentido absoluto, sino en el de participación y semejanza real y física de Dios. Decir física no quiere decir material o corpórea, sino de la naturaleza de Dios espiritual y real.

Levantada el alma a naturaleza divina en su misma esencia por esta semejanza y participación real y física de Dios, ya es declarada hija de Dios, pues ya es semejante a Dios en la naturaleza con la semejanza de analogía que ya se ha dicho y que es la única semejanza que puede la criatura tener con su criador, o lo finito con lo infinito. Dios ha hecho al alma hija suya adoptiva con derecho a la gloria, o sea, con derecho a verle y gozarle directamente en su esencia y en sus perfecciones, siempre que conserve la gracia en el momento de su muerte.

Alma mía, la gracia te hace hija de Dios. Dios te hace hija adoptiva, porque te ha dado participación de su misma naturaleza divina según tú la puedes recibir. Lo que es sustancial y por esencia en Dios, es en ti accidental y participado según tu capacidad y tu condición. Recibes de lo

infinito de Dios. Pero en modo finito. No hay en ti ni en criatura alguna capacidad para el modo infinito. El infinito sólo es Dios, ni puede haber más de Un Ser infinito.

83.—Después de Dios nada hay comparable a la gracia por ser la gracia participación del mismo Dios en su naturaleza y en sus perfecciones.

La gracia da al alma la nueva naturaleza o la nueva vida sobrenatural, y con la naturaleza sobrenatural, la da el obrar sobrenaturalmente.

La gracia hace al alma hija de Dios y heredera del cielo.

La gracia divina viste al alma el vestido del cielo comunicándola en propiedad parte de la naturaleza y de las perfecciones de Dios y poniendo en ella la semilla del conocimiento y visión gloriosa y beatífica de la esencia de Dios y de su amor glorioso cuando entre en la vida eterna. La gracia de Dios diviniza, deifica al alma que la recibe.

Después de la unión hipostática, nada hay tan perfecto como la gracia.

La perfección de una criatura está en proporción de la proximidad y de la unión que la criatura tiene con la perfección infinita de Dios.

La gracia no sólo tiene por modelo y ejemplar la perfección infinita de Dios, sino que también participa real y físicamente de la perfección infinita y participa en lo que Dios tiene de más per-

fecto —si se pudiera admitir más y menos perfección en Dios— porque participa de su propia naturaleza infinita y de su propia esencia en cuanto que es raíz y origen de sus propias perfecciones y por lo cual se constituye el propio ser de Dios y como tal naturaleza divina, no en el modo sumo e infinito, que sólo puede darse en Dios, sino según la capacidad receptiva del alma, o sea, de modo limitado.

La gracia da naturaleza sobrenatural al alma, no quitando o destruyendo la naturaleza natural, sino perfeccionándola. La gracia diviniza al alma comunicándola perfecciones divinas, aunque no sensiblemente mientras vive en la tierra. La gracia prepara el alma para alcanzar el fin sobrenatural de ver a Dios en su esencia con la luz de la gloria y de poseerle y gozarle en gloria y felicidad.

La gracia hace al alma hija de Dios, porque la ha comunicado naturaleza de Dios y vida de Dios. Y si no es posible ser hija natural de Dios, que eso es exclusivo del Verbo Eterno y es ser Dios verdadero como el Padre, sí la hace hija adoptiva y con propiedades y derechos divinos, como el de recibir la herencia gloriosa del cielo. Si la gracia no comunica identidad de naturaleza, que sería ser Dios, sí comunica semejanza de naturaleza con perfecciones sobrenaturales. Que nadie puede ser hijo de otro si no tiene su misma naturaleza. Es la dei-

ficación del alma en gracia, que en el cielo es en gloria y gozo feliz.

84.—La gracia es la vida sobrenatural y la naturaleza sobrenatural del alma, o, usando la palabra propia de la filosofía, aunque temo no todos la entiendan, la gracia es el principio vital sobrenatural o la vida y la forma sobrenatural del alma, la fuerza o la savia que produce y realiza las obras sobrenaturales y las virtudes.

La luz de gloria y la visión beatífica son perfectamente sobrenaturales, y la gracia santificante, que es la raíz y la causa de la visión beatífica y de esa altísima luz que Dios da en el cielo, no es ni inferior ni menos sobrenatural (7).

La gracia es el ser divino, la naturaleza sobrenatural que produce en el alma el obrar sobrenatural. Dios la pone en el alma a manera de naturaleza y obra acciones sobrenaturales.

Es cierto que la gracia no puede ser una sustancia del alma, pues se recibe en el alma y puede perderse. Ni puede ser sustancia, ya que una sustancia sobrenatural sería una sustancia increada. Es un accidente o una forma accidental puesta por Dios e injertada o inyectada por Dios en el alma. Pero es un ser superior y más perfecto, sin com-

(7) *Cursus Theologicus Salmaticensium,* tract. XIV, disp. IV, dub. I, núms. 42 y 14.

paración, que todos los seres y que todas las sustancias criadas, y obra continuamente en el alma a modo de naturaleza sobrenatural y con frutos o efectos sobrenaturales. Estos frutos son los frutos del Espíritu Santo y los efectos las obras de las virtudes que hacen los santos.

Alma mía y entendimiento mío, por mucho que penséis y por altos que sean vuestros ideales, nunca podréis llegar a tener un concepto exacto de la grandeza, de la hermosura y de la alteza de la gracia sobrenatural, ni de la maravillosa obra que realiza en el alma. Porque la gracia es participación real análoga de la misma naturaleza y esencia de Dios en su propio ser y en sus perfecciones. La esencia divina es el ser subsistente por sí mismo, y la gracia divina da al alma ser divino y poder para realizar operaciones específicamente divinas. Lo que Dios es y hace en Sí mismo, eso hace proporcionalmente y con distancia infinita la gracia en el alma.

Pues alma mía y entendimiento mío, como nunca podréis comprender en la tierra lo infinito del ser y de la perfección de Dios, tampoco podréis comprender hasta que lleguéis al cielo la riqueza que Dios quiere poner en vosotros con su gracia.

La gracia es una imagen viva de Dios en vuestro íntimo ser. La gracia os hace semejantes a Dios con semejanza real, aunque analógica.

En el cielo, ya viéndole y comprendiéndole, y seguros de nunca más perderle, gozaréis de la felicidad del amor de Dios para siempre; viviréis gloriosamente en la vida de Dios, la cual es saber, poder y gozar gloriosamente de la sabiduría, del poder y del gozo infinito de Dios.

El cielo es vivir el alma en la gloriosa perfección infinita de Dios la divinización o deificación, que ella alcanzó en la tierra viviendo y fomentando la gracia y la vive en la insoñable gloria y gozo que Dios la comunicará como la comunió la gracia en la tierra. El alma participa en el cielo de la gloria de Dios y viviendo a Dios, como participó en la tierra de la gracia de Dios viviendo a Dios por la gracia y viviendo la vida sobrenatural que Dios la comunicaba por la gracia.